

En el retablo había una tabla con la imagen de Jesús Nazareno, la misma que Sancho Ramírez trajo de la montaña para levantar allí iglesia y fortaleza, que fuese cuartel general, como ahora se dice, del ejército de Cristo.

Delante de aquella imagen milagrosa habían consolado sus cuitas durante diez años los sitiadores de Huesca: allí también tomaron aliento para ejecutar tan gran conquista y emprender otras mayores.

El monje no debía ignorar tales historias, según lo devotamente que tenía puestos los ojos en la imagen, y la verdadera contrición que mostraba su rostro.

Oyó misa sin levantarse un solo momento; y, terminada, estuvo aún por largo rato orando. Después se encaminó á la sacristía y preguntó por el venerable abad de la casa. Uno de los acólitos le mostró un confesonario, en donde á la sazón se hallaba practicando santamente su ministerio, rodeado de gran muchedumbre de fieles, que enardecidos en cristiano celo, se disputaban el puesto con acres palabras y descompuestas acciones, no de todo punto conformes con la ocasión y el lugar, mas, no por eso, menos piadosas.

El monje fué allá, y lejos de precipitarse

como los otros, aguardó pacientemente á que todos hubiesen acabado. Luego, acercándose al confesonario:

—Padre—dijo,—concededme la gracia divina.

—Hermano—respondió el abad,—gran favor me haríais con aguardar á mañana, porque en verdad os digo que me faltan ya las fuerzas. Hace tres horas que estoy aquí sentado, y tengo más de sesenta años conmigo: conque perdonadme, digo, y volved mañana, que ya oiré largamente vuestras culpas.

—No puedo aguardar más, padre. Hace tres años que aguardo la absolución, y cada día necesito más de ella. Há muchas noches que no he dormido: voy á volverme loco.

—¡Tres años!—exclamó el abad sorprendido.

—Tres años, sí—continuó el penitente.—Yo soy un mal monje que se casó contra sus votos, y contra sus votos tuvo y gozó algunos bienes: yo soy aquel á quien mandasteis que dejara mujer y bienes para poder lograr y merecer la absolución de tantas culpas: yo soy el mal abad, que á todos los de su orden, por ser en ella el primero, debió de dar ejemplo, y al contrario, por su causa...

—Vos... ¿sois vos?...—dijo el abad, y se levantó asombrado.

—Sentaos, padre mío, sentaos, y oidme por la misericordia de Dios. Soy sólo un gran pecador que viene á pedir absolución de sus culpas. Así me otorguen su intercesión también los santos monjes benitos San Agapito y San Félix de Córdoba; y el insigne mártir San Zoil, en cuyo honrado monasterio de Santa María de Carrión tantos consuelos tengo recibidos de Dios, cuando no había podido excusarme de la vecina prelacía de Sahagún todavía.

—Decís bien, hijo, que no hermano—respondió el abad, sentándose al poco tiempo.—Quien quiera que seáis, poco importa ante el tribunal de Dios. Acercaos, acercaos más, para que nadie nos oiga.

Y el abad y el penitente, hablaron bajo por largo espacio de tiempo. Gemía el segundo de cuando en cuando; sonaba grave, lenta y alterada la voz de aquél; pero nada más se percibía.

Muy grande debió ser uno de los pecados, no obstante, porque el abad, alzando la voz, de suerte que casi pudo ya oírse en toda la iglesia, dijo:

—Y qué, hijo mío, ¿eso imaginasteis? ¿Tanto os seduce contra vuestros votos la belleza de aquella mujer? ¿Y aún osáis decir que la amáis?

—Padre mío, sí, la amo todavía, y con toda mi alma: es un ángel. ¡Ah! es imposible verla y hablarla sin sentir por ella el amor que yo siento.

—¡Pecador!—replicó interrumpiéndole el abad.—Mirad que estáis ante el tribunal de Dios. Mirad que es gran pecado el pensar siquiera en lo que habláis.

—¡Oh, perdón, perdón!—repuso el monje sollozando.—Me ha hecho compañía muchas noches, en mis desvelos y vigiliias agitadas y medrosas; me ha asistido enfermo; me ha preguntado siempre los afanes que dejaban traslucir mis suspiros; me ha enjugado con su cendal no pocas lágrimas. Ha sido al fin por mucho tiempo la compañera de mis desdichas, y es madre de mi hija. ¡Me he separado ya de ella para siempre! ¡No he de volver á verla jamás!

—No basta—continuó el abad.—Procurad también apartarla de vuestra mente, y no acordaros más de ella, si queréis ser agradable á Dios.

—¡Temo, padre, que me sea imposible olvidarla! ¿No os he ya dicho también, que es la madre de mi hija?

—Bastará que sinceramente lo deseéis, para que Dios os perdone y preste su poderosa protección. No os acordéis de su belleza: no os acordéis siquiera de su virtud: el enemigo es sutil, y se introduce por donde menos se piensa en los pensamientos del hombre. Olvidadla, olvidadla: no hay otro remedio, ya que tuvisteis la desgracia de haberla conocido.

—En cuanto á desearlo, padre, deseándolo estoy ya con toda mi alma: no hay cosa que más desee en este bajo mundo, aunque no lo haya logrado todavía.

—Bien, bien dicho, pecador. ¿Según eso, estáis verdaderamente arrepentido de vuestras culpas?

—Sí lo estoy, padre mío. Diera mil vidas, si las tuviera, por no haber cometido la menor de ellas.

—Pues entonces—dijo el abad,—bien podréis entrar en la gracia de Dios, mediante mi absolución espiritual.

Confesor y penitente hablaron por algún rato todavía, y al cabo, levantándose aquél, pro-

nunció con voz solemne la absolución; tanto, que llamó la atención de los circunstantes.

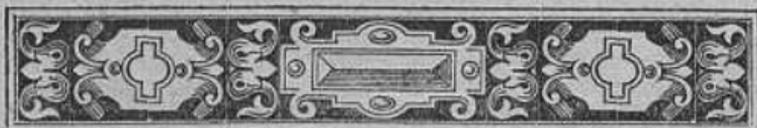
Un momento después, el monje benito salió de la iglesia y del monasterio, y se encaminó de nuevo á Huesca.

En una de las primeras calles dejó á los escuderos que le acompañaban, y se entró sólo en la iglesia antigua de San Pedro el Viejo, aquella que tal se llamaba ya en tiempo de la conquista por los años 1094 de Cristo.

Los dos, al parecer escuderos, se encaminaron en seguida al Alcázar, entrando en él como en casa propia; y las gentes que los miraban pasar, se iban diciendo al oído:

—Ese es el Conde de Barcelona con su favorito Moncada.





## CAPÍTULO XXXVI

De algunas averiguaciones y descubrimientos  
que no estarían demás, y omite, sin saberse  
por qué, el prolijo cronista

Sonar gli archi d' un portico acuti  
fa una squilla a rintocchi percossa:  
l'un con l'altro guardandosi muti  
stanno i monaci intorno a una fossa,  
atteggiati di cupo dolor.

TOMASSO GROSSI.

(*Canto di un Trovatore.*)



HASTA aquí escribió el viejo mu-  
zárabe, cuya relación hemos se-  
guido fidelísimamente, puesto que  
mucho nos haya dado que hacer  
con su pesadez y monotonía, y el sonsonete  
de antigüedad de su estilo, y, más que todo,  
con la mala letra gótica en que hemos ha-  
llado escritos estos pergaminos.

Trabajo nos ha costado también, y mucho, el trajojar, y compulsar, y revolver libros por acá y por allá, y el recoger detalles y pormenores sobre el fin de algunos de los personajes que hemos conocido en esta crónica.

La Princesa D.<sup>a</sup> Petronila, que, como sabemos, contaba sólo dos años de edad, quedó bajo la tutela del Conde D. Berenguer de Barcelona, después de unirse con él en esponsales de futuro, y de concertarse que se llevaría á término y consumaría el matrimonio en tiempo oportuno.

Y en efecto, este matrimonio se verificó, y los años adelante fueron famosos por España, y por todo el mundo, el Rey D. Berenguer y la Reina D.<sup>a</sup> Petronila, hombre aquél de gran valor y cordura, modelo ésta de esposas honradas y de buenas Reinas.

Y de Aragón y Cataluña se hizo entonces aquel poderoso Estado, que dió al mundo tanta envidia con sus leyes, y tanto pavor con sus armas y conquistas.

Nadie hubiera creído, antes de verlo, que pudiera llevarse á dichoso término; unión que tenía por cimiento un matrimonio concertado entre personas de edad tan diversa. Pero el suceso demostró que la virtud de los Prín-

cipes y el patriotismo de los pueblos, hace de ejecución fácil lo que más absurdo parece á los ojos descontentadizos del sentido común.

No hubo en uno ú otro pueblo, quien recordase más en adelante si era catalán ó aragonés, ni se diese por vencedor ó vencido, por dominado ó dominante, por señor ó vasallo. Y cierto que es imposible distinguir en las historias cuál de los pueblos lidió más y mejor en los ejércitos de D. Berenguer y D. Jaime, D. Pedro y D. Alonso; cuál de ellos contaba más diestros soldados en las naves de Roger de Lauria, ó en los escuadrones de Berenguer de Enteza; cuya fué la principal gloria en las empresas de las Baleares, de Sicilia y de Africa; cuyo el esfuerzo mayor cuando fué preciso arrojar á los franceses del otro lado del Pirineo, ó ganar los castillos de Nápoles; cuyo el más acendrado patriotismo, cuando, unidas las dos naciones hermanas con su otra hermana Castilla, arrancaron entre las tres la media luna de las torres de la Alhambra. Aragoneses y catalanes corrieron el mundo buscando campos de batalla; no bien conquistada Murcia por los castellanos, se hallaron sin frontera de moros donde ejercitar su valentía, y hu-

bieron de oír, á su pesar, el temeroso grito del almogábar, los sofistas corrompidos de Constantinopla y los feroces jinetes de la Tartaria, los espléndidos barones de Atenas y los crueles xerifes de Africa. Siempre vencedores, jamás vencidos, sus chuzos, sus dardos, su desnudez, su miseria, dieron envidia y espanto á las más afortunadas naciones, así á las que nacían, como á las que morían, lo mismo al Imperio turco que al Bajo-Imperio. Siglos y siglos han pasado después de aquella unión afortunada, y todavía los pueblos hermanos no se han hartado de bendecir los nombres de sus autores, el Conde D. Berenguer y la Reina D.<sup>a</sup> Petronila.

No quedó tan glorioso el de D. Ramiro, bien que viviese en San Pedro el Viejo, con muy santa vida, el resto de sus años. Cuéntase que no podía oír el sonido de la campana del monasterio, aquella campana de perdón tan siniestramente sustituida por Aznar, sin que las lágrimas viniesen á sus ojos, y salieran de sus labios algunas oraciones.

Pero es de creer, sin embargo, que allí, entre las columnas del sombrío claustro, y en las lóbregas capillas bizantinas en él enclavadas, y en el cercano cementerio de los

muzárabes, se fuesen apagando sus pensamientos de amor, y sus recuerdos de D.<sup>a</sup> Inés y del mundo.

Y si Dios no quiso quitarle los remordimientos de todo punto, algo los aminoraría, por lo menos, aquella mansión devota, donde todo respira penitencia, y todo impone al alma resignación y silencio.

Porque, de instante en instante, debió irse allí acortando su fantasía, secándose de momento en momento su corazón; y fuerza es que, al morir su fantasía, murieran también sus temores vanos, y que, al agotarse su corazón, fueran desapareciendo en él los continuos dolores que antes lo devoraban.

Y ¿quién sabe si le alentaría á llevar con resignación su infortunio el recuerdo por todas partes escrito en las piedras del muro, y en las losas del pavimento, de los infelices cristianos que allí iban á llorar su cautividad y miseria, en los días que poseyeron á Huesca los sectarios del Islamismo? Como Dios los favoreció al fin á aquéllos, sacándolos de las manos de los infieles, pudo ciertamente favorecerle á él, librándole del peso de sus pecados antiguos.

Murió al fin: murió D. Ramiro, á solas con

las piedras de San Pedro el Vejo, sin que nadie pueda ya decir cuáles fueron sus postreras palabras, ni sus esperanzas postreras, ni á quién iba encaminado el último de los pensamientos humanos que ocuparon su mente, ó el último de los suspiros que por humano sentimiento salió de sus labios. Sus hermanos recogieron su cadáver, envuelto en bayetas, y con el cilicio puesto todavía, y vaciando el sepulcro de un romano, hallado entre los restos de la grande Osca de Sertorio, dentro de él lo depositaron. En aquella urna gentílica se ven representados con las acostumbradas figuras de ancianos, volcando sus cántaros, los dos humildes ríos que pasean el llano de Huesca, la Isuela el uno, el otro sin nombre, que denomina *Flumen á secas* la geografía, desde los tiempos latinos. Dos alados genios parecen sostener el busto del primer vecino de aquella habitación fúnebre; quizá algún epicúreo, muerto al fin de uno de los convites cuya alegre descripción ha dejado Petronio, ó en medio de los viles amores que el mismo ha descrito. Allí ¡singular capricho del tiempo! ha permanecido el Rey Monje, bien olvidado por muchos siglos; hasta estos años últimos, en que los versos inmortales de un

gran poeta, y la humilde prosa mía, se han ocupado en dibujar su persona.

De su esposa D.<sup>a</sup> Inés se sabe que vivió también muy santamente lo que le quedó de de vida, sin olvidar un momento á su esposo, mas sin quejarse por eso del abandono en que se hallaba.

Aznar se casó con Castana, según consta de unas viejas escrituras, heredándolos los Reyes muy razonablemente, según la promesa de D.<sup>a</sup> Inés. Y cuéntase que Aznar fué famoso siempre entre los almogábares por su valor y crueldad, y que dejó hijos que no desmintieron del padre, los cuales engendraron á otros que fueron de los más nombrados en las campañas de Italia y en la expedición á Oriente de la *Gran Compañía*. Mas pienso que no haya de desagradar á las lectoras el saber que Aznar, apesar de su crueldad, trató amorosísimamente toda su vida á Castana, y que ésta fué tan feliz con él como merecía serlo.

Del fin de Fortuñón, Carmesón y los demás almogábares, nada se ha podido averiguar, aunque es de creer que perecieran, como casi todos los de su laya, en alguna lid contra moros, ó despeñados por algún precipicio, ó enterrados en las nieves de la montaña.

Ni tampoco se sabe cosa alguna del buen monje Gaufrido, si no es que se le encontró en una taberna no bien salió del zaquizamí donde le metió Aznar tan en contra de su voluntad; y sin duda volvería á su convento, fiándose menos que solía de persona que le llamase para ejercitar sus letras. Y casi nos atrevemos á asegurar también que en muchas ocasiones recordaría el trato que tuvo con el almogábar, echando á un tiempo de menos algún diente de los que le dejó resentidos y á punto de caer el golpe tremendo que recibiera, y aquellos sueldos jaqueses, tan prometidos como mal pagados después, por causa de las heridas del que debió de satisfacerlos.

Ramón Dapifer fué de los principales caballeros que se hallaron en el matrimonio y guerras de D. Berenguer, y de los que acompañaron luego su cadáver, cuando vino haciendo milagros, y en olor de santidad, desde Italia á Barcelona. Lo que prueba que murió muy viejo.

Pedro de Fivallé tuvo un descendiente harto más atrevido que él, y que ha dejado memoria en Cataluña de esforzadísimo patrio.

Ruderico tomó órdenes sagradas, y fué ca-

nónigo andando el tiempo, sospechándose que lo pretendiera, más que por otra cosa, por satisfacer su afición á las golosinas y á los buenos bocados. Y aunque no hay bastantes datos para afirmarlo, sospéchase también que él fuese el paje que dió el pergamino del abad de Tomeras á Férriz de Lizana, mediante ciertas monedas de plata; lo cual probaría, siendo cierto, que era venal de suyo, y que no se contentaba con ser tercero de amor, sino que servía á todo el que bien le pagaba sus servicios. Cosa reprehensible, sin duda, que obliga á decir la imparcialidad severa de la historia.

Del abad de Mont-Aragón, algo también se ha de contar, que puesto que no sea personaje muy importante en este caso, la fortuna nos ha favorecido, deparándonos el hallazgo de cierta hoja suelta, en pergamino, que contiene una curiosa noticia de su vida. El hallazgo fué en una tarde de Septiembre, durante la cual andaba yo, el humilde copista de esta crónica, visitando, en compañía de cierto amigo mío, las ruinas de Mont-Aragón.

Debajo de una gran torre de piedra, que permanece intacta, y que, al parecer, sirvió de campanario, hay una habitación que debió

de ser la sacristía, con labores góticas de no mal gusto. Picóme la curiosidad aquella sacristía, y más las labores, porque la iglesia, aunque tan antigua, como restaurada después en tiempo de gran corrupción, no muestra cosa alguna respetable y digna de atención por su antigüedad ó mérito artístico; y entrando en la sacristía, no sin dificultad grande, porque estaba á medio tapiar y llena de escombros, de entre ellos alzó mi amigo, que no yo, la hoja á que me refiero, desprendida, sin duda, de algún librote que por allí anduvo.

Aquella hoja rezaba que en el año no sé cuántos, porque estaba muy borroso, de San Benito, y de la era de Mont-Aragón, estuvo el Rey D. Ramiro á hacer confesión general de sus culpas, y recibió la absolución de mano del santo prelado Fortuño, abad de la casa; y que en éste hizo tanta impresión aquella conferencia, que mientras le duró la vida, no dejó de arrodillarse un solo día en el claustro, á la propia hora en que se verificó, orando muy devotamente por la salvación del Rey Monje.

¡Dios haya oído al santo prelado!



# ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO cortado al uso y ajustado por mano amiga al cuerpo de la obra.....	v
CAPÍTULO I.—En que se habla á manera de prólogo con el lector.....	1
CAP. II.—Que largamente trata ya de una famosa fiesta y ceremonia que tuvo lugar en la grande ciudad de Huesca.....	13
CAP. III.—Comienza á aguarse la fiesta...	27
CAP. IV.—Que por ser todo esperanzas y temores entretiene y no satisface al curio- so lector.....	43
CAP. V.—Llegan las lástimas.....	65
CAP. VI.—Donde se da cuenta de cierta ex- pedición que hizo un monje Benito á un monasterio para acallar escrúpulos de conciencia.....	79
CAP. VII.—Que no hace más sino proseguir la materia del anterior.....	93
CAP. VIII.—Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algu- nos nudos y oscuridades que dejan en sí los precedentes.....	109
CAP. IX.—De una plática sentimental que	

pas entre el Rey D. Ramiro, de buena memoria, y la hermosa D. <sup>a</sup> Inés de Poitiers .....	123
CAP. X.—Que sirve para dar tiempo al tiempo y ocasión á que vengan otros inauditos sucesos .....	135
CAP. XI.—Donde se ve que los ricos hombres de aquella edad no eran tan sufridos como otros que andan ahora .....	147
CAP. XII.—De cómo Aznar Garcés era hombre que solía hallar todas las puertas abiertas .....	165
CAP. XIII.—Comienzan las pláticas y aventuras del valeroso caballero D. Ramiro de Aragón y su escudero Aznar Garcés ..	181
CAP. XIV.—Que es, si no de los más largos, de los más singulares de esta historia .....	197
CAP. XV.—De un miedo muy grande con que probó Dios á cierto caballero, y cómo éste se dispuso á recobrar su honra con grandes hazafias .....	207
CAP. XVI.—En el cual se narra una grande y descomunal batalla que no fuera para creída si por tan seguro conducto no nos viniera .....	129
CAP. XVII.—Prosiguen las pláticas y aventuras .....	247
CAP. XVIII. — Descríbese un moderado banquete y no poco alegre festín .....	267

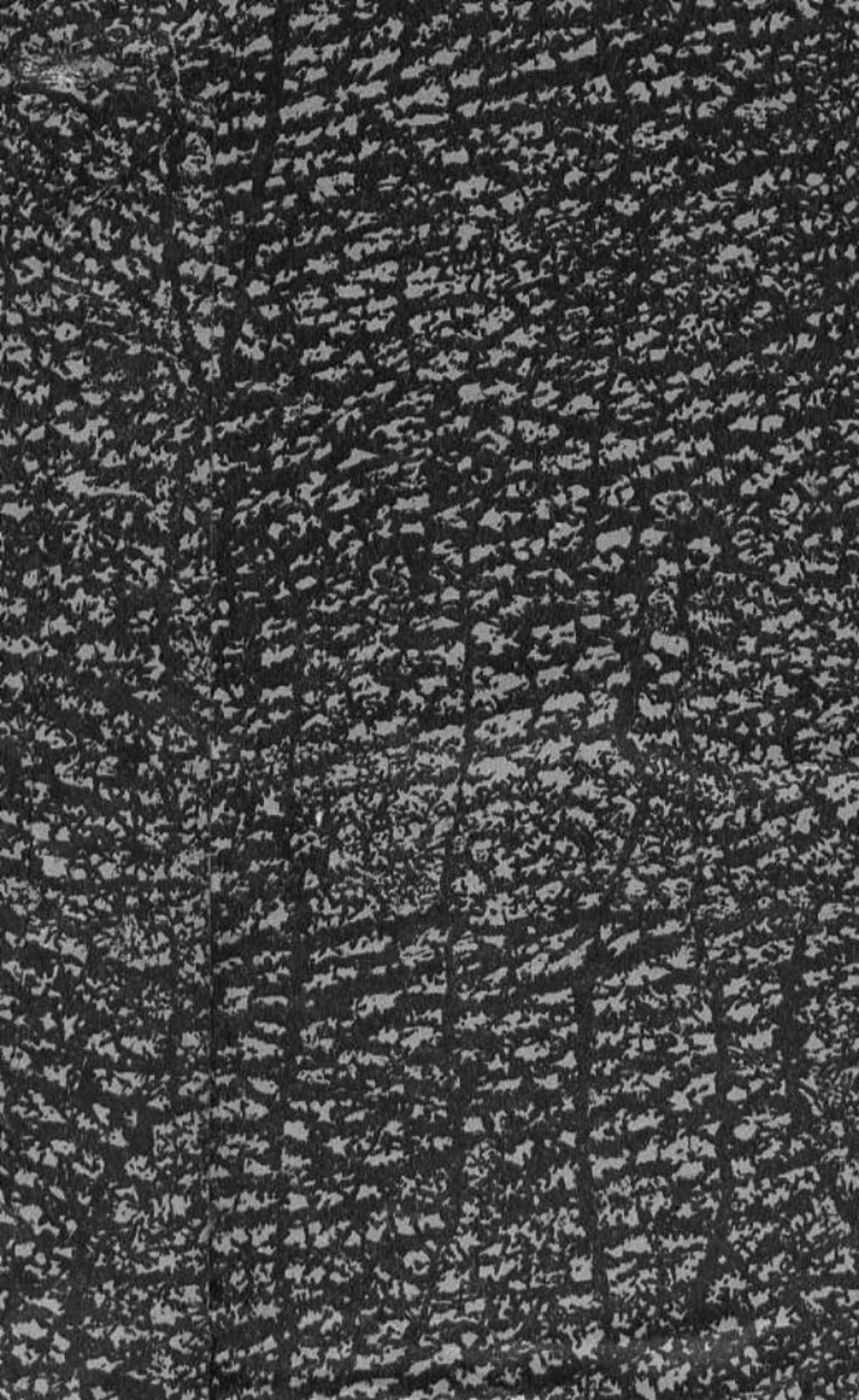
CAP. XIX.—Qué cosa era ser buen Rey en el siglo XII, y cómo podía convenirle, malo ó bueno, saber latines.....	295
CAP. XX.—De los escrúpulos que tuvo el piadoso D. Ramiro, con ocasión de una mentira, y cómo hizo penitencia de su pecado.....	315
CAP. XXI.—Donde se ve que el cronista no echaba en olvido las cosas de la nobilísima ciudad de Huesca.....	329
CAP. XXII.—Cómo Dios trae consuelo y ayuda á las dueñas menesterosas.....	349
CAP. XXIII.—Que los de la montaña y los de la ciudad seguían en sus trece; por donde se ve que ya debían de ser todos buenos aragoneses.....	369
CAP. XXIV.—Donde se preparan y entrevén los sucesos que, andando capítulos, han de poner fin á esta historia.....	389
CAP. XXV.—Cómo es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada.....	407
CAP. XXVI.—Que Aznar no deja de acudir á las citas de amor.....	425
CAP. XXVII.—Que Aznar Garcés, con ser tan rudo, sabía fundir campanas de muy gran sonido.....	437
CAP. XXVIII.—Donde se continúa en algo la materia del anterior, y así, como al des-	

- cuido, se aclaran sucesos no bien explicados hasta ahora..... 457
- CAP. XXIX.—El cual sería de gustosa lectura para las mujeres sensibles, si, más ducho en ciertas cosas el que escribe, hubiera acertado á pintarlas mejor..... 475
- CAP. XXX.—Que el espíritu es fuerte, pero débil la carne; es lección de un Santo Padre, que halla aquí alguna demostración y ejemplo..... 493
- CAP. XXXI.—Donde se relata un famoso riepto y desafío, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca..... 507
- CAP. XXXII.—Donde se pone tan en claro como suele andar el sol á mediodía, que fueron alevos los ricos-hombres..... 529
- CAP. XXXIII.—Que trata de cosas místicas; es quizá más que ninguno gustoso por ser el último de los que escribió el muzárafe..... 553
- CAP. XXXIV.—De algunas averiguaciones y descubrimientos que no estarían de más y omite sin saber por qué el prolijo cronista..... 563











CANOVAS  
DEL  
CASTILLO  
, LA CAMPANA  
DE HUESCA

JT 768